

James P. Cannon



LA REVOLUCIÓN AMERICANA QUE VIENE

1947

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak



Publicado para el
PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

por



Editorial Pioneer
116 University Place Nueva York 3, N. Y.
Abril 1947

Portada de J. Thal

CONTENIDO

I. Tesis sobre la Revolución Americana ... página 3

Presentadas por el Comité Nacional del Partido Socialista de los Trabajadores y aprobadas en la XII Convención Nacional del SWP en Chicago, del 15 al 18 de noviembre de 1946.

II. La Revolución Americana que viene,

por James P. Cannon página 17

Discurso pronunciado al informar sobre las "Tesis de la Revolución Americana" en la 12ª Convención Nacional del SWP

Preparados. Impreso y encuadernado por Union Labor
En los Estados Unidos de América

Tesis sobre la Revolución Americana

Adoptada por la XII Convención Nacional del Partido Socialista de los Trabajadores

I

Estados Unidos, el país capitalista más poderoso de la historia, forma parte del sistema capitalista mundial y está sujeto a las mismas leyes generales. Padece las mismas enfermedades incurables y está destinado a compartir el mismo destino. La preponderancia abrumadora del imperialismo norteamericano no le exime de la decadencia del capitalismo mundial, sino que, por el contrario, actúa para implicarlo cada vez más profundamente, inextricablemente y con menos esperanza. El capitalismo estadounidense no puede escapar de las consecuencias revolucionarias de la decadencia capitalista mundial, como tampoco pueden hacerlo las antiguas potencias capitalistas europeas. El callejón sin salida al que ha llegado el capitalismo mundial, y Estados Unidos con él, exhala una nueva era orgánica de estabilización capitalista. La posición mundial dominante del imperialismo norteamericano acentúa y agrava ahora la agonía del capitalismo en su conjunto.

II

El imperialismo estadounidense salió victorioso de la Segunda Guerra Mundial no sólo sobre sus rivales alemanes y japoneses, sino también sobre sus aliados "democráticos", especialmente Gran Bretaña. Hoy Wall Street es sin duda el centro imperialista mundial dominante. Precisamente porque ha salido de la guerra enormemente fortalecido en relación con todos sus rivales capitalistas, el imperialismo estadounidense parece indomable. La preponderancia de Wall Street es tan abrumadora en todos los campos —diplomático, militar, comercial, financiero e industrial— que la consolidación de su hegemonía mundial parece estar al alcance de la mano. Wall Street espera inaugurar el llamado "Siglo Americano".

En realidad, la clase dominante estadounidense se enfrenta a obstáculos más insuperables para "organizar el mundo" que los que afrontó la burguesía alemana en sus repetidos y abortados intentos de alcanzar un objetivo mucho más modesto, a saber: "organizar Europa".

El meteórico ascenso del imperialismo estadounidense a la supremacía mundial llega demasiado tarde. Además, el imperialismo estadounidense se apoya cada vez más en los cimientos de la economía mundial, en agudo

contraste con la situación imperante antes de la Primera Guerra Mundial, cuando descansaba principalmente en el mercado interior, fuente de sus éxitos y equilibrios anteriores. Pero los cimientos mundiales están hoy atravesados por contradicciones insolubles; sufren dislocaciones crónicas y están minados de polvorines revolucionarios.

El capitalismo americano, hasta ahora sólo parcialmente implicado en la agonía del capitalismo como sistema mundial, está sometido en adelante al impacto pleno y directo de todas las fuerzas y contradicciones que han debilitado a los países oíd capitalistas de Europa.

*

Los prerequisites económicos para la revolución socialista están plenamente maduros en EE.UU. Las premisas políticas están igualmente mucho más avanzadas de lo que podría parecer a primera vista.

III

Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial, al igual que lo hizo en 1918, como la parte más fuerte del mundo capitalista. Pero aquí termina la semejanza en el impacto y las consecuencias de las dos guerras en la vida económica del país. Entre tanto, la situación ha cambiado drásticamente en otros aspectos importantes.

En 1914-18 Europa continental fue el principal escenario de la guerra; el resto del mundo, especialmente los países coloniales, quedó prácticamente intacto por las hostilidades. Así pues, no sólo permanecieron intactos sectores de la Europa continental e Inglaterra, sino también el marco principal del propio mercado mundial. Con todos sus competidores europeos envueltos en la guerra, el camino quedó libre para que el capitalismo estadounidense se hiciera con los mercados.

Además, durante la Primera Guerra Mundial, la propia cuerda capitalista de Eu se convirtió en un vasto mercado para la industria y la agricultura estadounidenses. La burguesía estadounidense vació a Europa de su riqueza acumulada durante siglos y suplantó a sus rivales del mundo occidental en el mercado mundial. Esto permitió a la clase dominante convertir a Estados Unidos de deudor en banquero y acreedor del mundo, y simultáneamente expandir tanto la industria pesada (bienes de capital) como la ligera (bienes de consumo). Posteriormente, esta expansión bélica permitió el máximo desarrollo posible del mercado interior de este país. Por último, no sólo la burguesía estadounidense obtuvo grandes beneficios de la guerra, sino que el país en su conjunto se enriqueció mucho más. El precio relativamente barato de la participación imperialista en la Primera Guerra Mundial (sólo unos pocos miles de millones de dólares) fue cubierto muchas veces por las ganancias económicas acumuladas.

Profundamente diferente en sus efectos es la Segunda Guerra Mundial.

Sólo el hemisferio occidental ha quedado intacto militarmente. El Lejano Oriente, el premio niain de la guerra, ha sido sometido a una devastación sólo superada por la sufrida por Alemania y Europa del Este. Tanto Europa continental como Inglaterra han quedado en bancarrota a causa de la guerra. El mercado mundial se ha visto completamente perturbado. Así culminó el proceso de contracción, fragmentación y socavamiento que tuvo lugar en el intervalo entre las dos guerras (la retirada de una sexta parte del mundo —la URSS— de la órbita capitalista, el debilitamiento de los sistemas monetarios, los métodos de trueque de la Alemania hitleriana, las incursiones de Japón en los mercados asiáticos y latinoamericanos, el Sistema de Preferencias Imperiales de Inglaterra, etc., etc.).

Europa, que no pagó todas sus deudas de guerra y posguerra anteriores a los EE.UU., esta vez no sirvió como un mercado inagotable y altamente rentable, sino como un gigantesco drenaje de la riqueza y los recursos de este país en forma de Lend-Lease, la conversión general de la economía estadounidense para la producción en tiempo de guerra, la enorme movilización de mano de obra, las bajas a gran escala, y así sucesivamente.

En cuanto al mercado interior, éste, en lugar de expandirse orgánicamente como en 1914-18, sólo experimentó en el curso de la Segunda Guerra Mundial una reactivación artificial basada en los gastos de guerra.

Mientras que la burguesía se ha enriquecido fabulosamente, el país en su conjunto se ha empobrecido mucho más: los costes astronómicos de la guerra nunca se recuperarán.

En resumen, los principales factores que una vez sirvieron para fomentar y fortalecer el capitalismo estadounidense ya no existen o se están convirtiendo en sus opuestos.

IV

La prosperidad que siguió a la Primera Guerra Mundial, aclamada como una nueva era capitalista que refutaba todos los pronósticos marxistas, terminó en una catástrofe económica. Pero incluso esta prosperidad efímera de los años veinte se basó en una combinación de circunstancias que no pueden repetirse ni se repetirán. Además de los factores ya enumerados, es necesario subrayar: (1) que el capitalismo americano tenía un continente virgen que explotar; (2) que hasta cierto punto había sido capaz de mantener un cierto equilibrio entre la industria y la agricultura; y (3) que la base principal de la expansión capitalista había sido su mercado interior. Mientras se dieran estas tres condiciones —aunque ya estaban siendo socavadas— era posible que el capitalismo estadounidense mantuviera una relativa estabilidad.

El auge de los años veinte alimentó el mito de la estabilidad permanente del capitalismo estadounidense, dando lugar a teorías pomposas y huecas sobre un "nuevo capitalismo", el "excepcionalismo estadounidense", el "sueño americano", etc., etc., etc.

Las ilusiones sobre las posibilidades y el futuro del capitalismo estadounidense fueron difundidas por los reformistas y todos los demás apologistas de la clase dominante no sólo en el interior sino también en el exterior. El "americanismo" era el evangelio de todos los falsos líderes de la clase obrera europea y americana.

Lo que realmente sucedió en el curso de la fabulosa prosperidad de los años veinte fue que, bajo estas condiciones tan favorables, se prepararon todas las premisas para una catástrofe económica sin precedentes. De ella surgió una crisis crónica de la agricultura americana. De ella surgió una monstruosa concentración de riqueza en cada vez menos manos. En consecuencia, el resto de la población se empobreció relativamente. Así, mientras que en la década de 1920-30 la productividad industrial aumentó un 50%, los salarios sólo subieron un 30%. Los trabajadores pudieron comprar prosperidad, pero proporcionalmente menos que antes.

El empobrecimiento relativo del pueblo estadounidense se refleja también en las estadísticas de la riqueza nacional. En 1928, la participación de los trabajadores en la riqueza nacional había descendido al 4,7%, mientras que los agricultores sólo conservaban el 15,4%. Al mismo tiempo, la participación de la burguesía en la riqueza nacional había aumentado hasta el 79,9%, y la mayor parte de ella había caído en manos de las sesenta familias y sus sirvientes.

La distribución de la renta nacional expresa igualmente esta monstruosa desproporción. En 1929, en el punto álgido de la prosperidad, *36.000 familias tenían los mismos ingresos que 11 millones de familias de "clase baja"*.

Esta concentración de la riqueza fue un factor cardinal para limitar la capacidad de absorción del mercado interior.

En un mercado mundial restrictivo, no podían encontrarse salidas exteriores compensatorias para la agricultura y la industria.

Además, la necesidad de exportar materias primas y productos agrícolas tendió a desequilibrar aún más el comercio exterior estadounidense. Esto condujo ineludiblemente a una mayor dislocación del mercado mundial, cuyos participantes eran países deudores, ellos mismos necesitados de vender más de lo que compraban para cubrir los pagos de sus deudas, en gran parte contraídas con Estados Unidos.

Mientras aparecían y funcionaban en el papel de estabilizadores del capitalismo, los imperialistas norteamericanos eran así sus mayores perturbadores tanto en el interior como en el exterior. Estados Unidos

resultó ser la principal fuente de inestabilidad mundial, el principal agravante de las contradicciones imperialistas.

En el intervalo entre las guerras de la OTAN, esto se manifestó de la forma más gráfica en el hecho de que todas las convulsiones económicas se produjeron en la República del Dólar, el hogar del "individualismo". Este fue el caso de la primera crisis de posguerra de 1920-21; esto se repitió ocho años más tarde, cuando la desproporción entre la agricultura y la industria alcanzó el punto de ruptura y cuando el mercado interior se saturó debido al empobrecimiento del pueblo en un polo y al agigantamiento de los monopolistas en el otro. El Gran Boom Americano estalló en una crisis que hizo añicos los cimientos económicos de todos los países capitalistas.

V

La crisis económica de 1929 no fue una crisis cíclica como las que acompañaron periódicamente al desarrollo capitalista orgánico en el pasado, conduciendo a nuevos y más altos niveles productivos. Fue una gran crisis histórica del capitalismo en descomposición, que no pudo superarse por los cauces "normales", es decir, por el juego ciego de las leyes que rigen el mercado.

La producción prácticamente se paralizó. La renta nacional se redujo a menos de la mitad, pasando de 81.000 millones de dólares en 1929 a 40.000 millones en 1932. La industria y la agricultura se hundieron. El ejército de parados se multiplicó por diez, alcanzando la vertiginosa cifra de 20 millones. Según estimaciones oficiales, basadas en los promedios de 1929, las pérdidas en los años 1930-38 ascendieron a 43 millones de años-hombre de trabajo y 133.000 millones de dólares de renta nacional.

En 1939, la deuda nacional se disparó hasta los 40.000 millones de dólares, o 14.000 millones más que el punto más alto alcanzado al final de la Primera Guerra Mundial. El número de parados seguía rondando los 10 millones. La industria y la agricultura se estancaron. El comercio exterior de Estados Unidos en un mercado mundial reducido cayó a menos de la mitad de su cuota "normal" en tiempos de paz.

Lo que todas estas cifras expresan en realidad es la temible degradación del nivel de vida de los trabajadores y de la clase media, y la pauperización absoluta del "tercio desfavorecido" de la población. La delgadísima capa de monopolistas, naturalmente, no sufrió en absoluto, sino que, por el contrario, utilizó la crisis para acaparar una parte aún mayor de la riqueza y los recursos del país.

La burguesía no veía salida a la crisis. No tenían salida. Ellos y su régimen seguían siendo el principal obstáculo en el camino no sólo de la recuperación nacional sino mundial. En su caída en picado, la burguesía estadounidense arrastró consigo al resto del mundo capitalista y lo

mantuvo hundido.

Decisivo es el hecho de que, a pesar de todas las "reformas" emergentes, el capitalismo estadounidense fue incapaz de resolver la crisis. La recuperación parcial de 1934-37 resultó ser temporal y pasajera.

La precipitada caída que se produjo en 1937 reveló el abismo al que se enfrentaba el capitalismo estadounidense. La amenaza de una nueva caída en picado sólo fue cortada por los enormes gastos realizados en preparación de la Segunda Guerra Mundial.

Sólo la guerra resolvió temporalmente la crisis económica que había durado diez años en ambos hemisferios. La cruda realidad, sin embargo, es que esta "solución" no resolvió exactamente nada. Y mucho menos eliminó o siquiera mitigó una sola de las causas básicas de la crisis de 1929.

VI

La base de la actual prosperidad estadounidense de posguerra es la expansión artificial de la industria y la agricultura mediante un gasto público sin precedentes que está engrosando constantemente la enorme deuda nacional. En su carácter ficticio, el auge de la guerra y la posguerra de principios de los años cuarenta supera con creces la orgía en la que participó el capitalismo europeo durante 1914-18 y los años inmediatos a la posguerra.

La desviación de la producción hacia la industria de guerra a una escala inaudita provocó una escasez temporal de bienes de consumo. Los mercados interior y exterior parecen adquirir una nueva capacidad de absorción. La escasez universal y los estragos de la guerra actúan como acicates temporales para la producción, especialmente en el campo de los bienes de consumo.

Sin embargo, por encima de todo está el empobrecimiento universal, los sistemas económicos, fiscales y gubernamentales trastornados, junto con las enfermedades crónicas y las contradicciones del capitalismo, no suavizadas sino agravadas por la guerra.

Si multiplicamos por diez, y en algunos casos por cien, el estado en que el capitalismo europeo, con Inglaterra a la cabeza, salió de la Primera Guerra Mundial —por la mayor escala de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial—, llegaremos a una aproximación del estado actual del capitalismo estadounidense.

Todos y cada uno de los factores subyacentes a la actual prosperidad en "tiempos de paz" son efímeros. Este país no ha salido más rico de la Segunda Guerra Mundial, como ocurrió en los años veinte, sino más pobre, en un mundo mucho más empobrecido. La desproporción entre la agricultura y la industria también ha aumentado enormemente, a pesar de la expansión en caliente de la agricultura. La concentración de la riqueza y

la polarización de la población estadounidense en ricos y pobres ha continuado a marchas forzadas.

Las condiciones básicas que precipitaron la crisis de 1929, cuando el capitalismo estadounidense gozaba de plena salud, no sólo persisten sino que se han vuelto más malignas. Una vez saturado de nuevo el mercado interior, no cabe esperar una salida adecuada en el desequilibrado mercado mundial. La capacidad de producción de Estados Unidos, enormemente aumentada, choca contra la limitación del mercado mundial y su capacidad decreciente. La propia Europa arruinada necesita exportar. Lo mismo ocurre con el Oriente arruinado, cuyo equilibrio se ha roto por la ruptura de Japón, su foso sectorial avanzado.

Europa necesita desesperadamente miles de millones en préstamos. Además del Lend-Lease, Wall Street ya ha bombeado casi 5.000 millones de dólares en préstamos a Inglaterra; casi 2.000 millones a Franco; y sumas menores a los demás países satélites de Europa Occidental —sin lograr, sin embargo, ningún atisbo de estabilización allí. La Europa capitalista en bancarrota sigue siendo a la vez un competidor en el mercado mundial y un sumidero sin fondo. Oriente también necesita préstamos, sobre todo China, que, en plena guerra civil, ya ha absorbido tantos dólares estadounidenses como Alemania a principios de los años veinte.

En casa, los materiales explosivos se acumulan a un ritmo verdaderamente americano. Las cargas de la enorme deuda nacional; el astronómico presupuesto militar para "tiempos de paz" (18.500 millones de dólares para este año); la inflación, los "gastos generales" del programa de dominación mundial de Wall Street, etc., etc., todo esto puede proceder de una fuente y sólo de una: la renta nacional. En pocas palabras, del poder adquisitivo de las masas. La degradación de las condiciones de vida de los trabajadores y la pauperización de los campesinos y de la clase media urbana: ése es el sentido del programa de Wall Street.

VII

La siguiente conclusión se desprende de la situación objetiva: El imperialismo estadounidense, que se mostró incapaz de recuperarse de su crisis y estabilizarse en el período de diez años que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial, se encamina hacia una explosión aún más catastrófica en la actual posguerra. El factor cardinal que encenderá la mecha es el siguiente: El mercado interior, tras una reactivación inicial y artificial, debe contraerse. No puede expandirse como en los años veinte. Lo que realmente nos espera no es una prosperidad sin límites, sino un auge de corta duración. Tras el auge debe venir otra crisis y depresión que

hará que las condiciones de 1929-32 parezcan prósperas en comparación.

VIII

Los inminentes paroxismos económicos deben, en las condiciones existentes, pasar inexorablemente a la crisis social y política del capitalismo americano, planteando en su curso a bocajarro la cuestión de quién "será el amo en la tierra". En su loco afán por conquistar y esclavizar al mundo entero, los monopolistas estadounidenses preparan hoy la guerra contra la Unión Soviética. Este programa de guerra, que puede llegar a su punto culminante por una crisis o por el temor a una crisis interna, tropezará con obstáculos y dificultades incalculables. Una guerra no resolverá las dificultades internas del imperialismo norteamericano, sino que las agudizará y complicará. Tal guerra encontrará una feroz resistencia no sólo por parte de los pueblos de la URSS, sino también por parte de las masas europeas y coloniales que no quieren ser esclavas de Wall Street. En casa se generará la resistencia más feroz. El afán bélico de Wall Street, al agravar la crisis social, puede en determinadas condiciones precipitarla. En cualquier caso, otra guerra no anulará la alternativa socialista al capitalismo, sino que sólo la planteará más agudamente.

La lucha obrera por el poder en Estados Unidos no es una perspectiva de un futuro lejano y nebuloso, sino el programa realista de nuestra época.

IX

El movimiento revolucionario de los trabajadores americanos es una parte orgánica del proceso revolucionario mundial. Los levantamientos revolucionarios del proletariado europeo que se avecinan complementarán, reforzarán y acelerarán los desarrollos revolucionarios en los EE.UU. Las luchas de liberación de los pueblos coloniales contra el imperialismo que se están desarrollando ante nuestros ojos ejercerán una influencia similar. A la inversa, cada golpe asestado por el proletariado norteamericano a los imperialistas en su propio país estimulará, completará e intensificará las luchas revolucionarias en Europa y en las colonias. Cada revés sufrido por el imperialismo en cualquier parte producirá, a su vez, repercusiones cada vez mayores en este país, generando tal velocidad y fuerza que tenderá a reducir todos los intervalos de tiempo tanto en el interior como en el exterior.

X

El papel de América en el mundo es decisivo. Si las revoluciones europeas y coloniales, ahora en el orden del día, precedieran en el tiempo a la culminación de la lucha en Estados Unidos, se enfrentarían inmediatamente a la necesidad de defender sus conquistas contra los

asaltos económicos y militares del monstruo imperialista americano. La capacidad de los pueblos insurgentes victoriosos en todas partes para mantenerse dependería en gran medida de la fuerza y la capacidad de lucha del movimiento obrero revolucionario en Estados Unidos. Los obreros norteamericanos se verían entonces obligados a acudir de la misma manera que la clase obrera de Europa Occidental acudió en ayuda de la Revolución Rusa y la salvó bloqueando los ataques militares imperialistas a gran escala contra la joven República Obrera.

Pero incluso si la revolución en Europa y otras partes del mundo se retrasa una vez más, esto no significará de ninguna manera una estabilización prolongada del sistema capitalista mundial. Otro retraso de la revolución proletaria en un país u otro, o incluso en un continente u otro, no salvará al imperialismo norteamericano de su némesis proletaria en casa. Las batallas decisivas para el futuro comunista de la humanidad se librarán en Estados Unidos.

La victoria revolucionaria de los trabajadores en EE.UU. sellará la perdición de los regímenes burgueses seniles en todas partes *de* nuestro planeta, y de la burocracia estalinista, si todavía existe en ese momento. La Revolución Rusa puso en pie a los trabajadores y a los pueblos coloniales. La Revolución Americana, con su poder centuplicado, pondrá en marcha fuerzas revolucionarias que cambiarán la faz de nuestro planeta. Toda el hemisferio occidental se consolidará rápidamente en los Estados Unidos Socialistas de América del Norte, Central y del Sur. Este poder invencible, fusionándose con los movimientos revolucionarios en todas partes del mundo, pondrá fin al sistema capitalista caduco en su conjunto, y comenzará la grandiosa tarea de la reconstrucción mundial bajo la bandera de los Estados Unidos Socialistas del Mundo.

XI

Mientras que el principal problema de los trabajadores en la Revolución Rusa era mantener su poder una vez que lo habían obtenido, el problema en Estados Unidos es casi exclusivamente el problema de la conquista del poder por los trabajadores. La conquista del poder en Estados Unidos será más difícil de lo que fue en la atrasada Rusia, pero precisamente por eso será mucho más fácil de consolidar y asegurar.

Los peligros de la contrarrevolución interna, la intervención extranjera, el bloqueo imperialista y la "degeneración burocrática de una casta obrera privilegiada —en Rusia todos estos peligros se derivaban de la debilidad numérica del proletariado, la pobreza y el atraso seculares heredados del zarismo y el aislamiento de la Revolución Rusa. En última instancia, estos peligros eran inevitables allí.

Estos peligros apenas existen en EE.UU. Gracias a la abrumadora superioridad numérica y al peso social del proletariado, a su alto nivel

cultural y a su potencial; gracias a los vastos recursos del país, a su capacidad productiva y a su preponderante.

Por su fuerza en la arena mundial, la revolución proletaria victoriosa en Estados Unidos, una vez que haya consolidado su poder, estará casi automáticamente asegurada contra la restauración capitalista, ya sea por la contrarrevolución interna o por la intervención extranjera y el bloqueo imperialista.

En cuanto al peligro de degeneración burocrática después de la victoria revolucionaria, éste sólo puede surgir de privilegios que a su vez se basan en el atraso, la pobreza y la escasez universal. Aquí, el Gobierno Obrero y Campesino triunfante sería capaz desde el principio de organizar la producción socialista a niveles mucho más altos que bajo el capitalismo, y prácticamente de la noche a la mañana aseguraría un nivel de vida tan alto para las masas que despojaría a los privilegios en el sentido material de cualquier significado serio. Las especulaciones sensibleras sobre el peligro de la degeneración burocrática después de la revolución victoriosa no sirven más que para introducir el escepticismo y el pesimismo en las filas de la vanguardia obrera y paralizar su voluntad de lucha, al tiempo que proporcionan a los pusilánimes y llorones un pretexto conveniente para huir de la lucha. El problema en Estados Unidos es casi exclusivamente la conquista del poder político por los trabajadores.

XII

En la lucha por el poder que se avecina, las principales ventajas estarán del lado de los trabajadores; con una movilización adecuada de sus fuerzas y una dirección apropiada, los trabajadores vencerán. Si se quiere tratar con realidades severas y no con apariencias superficiales, esa es la única manera de plantear la cuestión. La clase capitalista americana es fuerte, pero la clase obrera americana es más fuerte.

La fuerza numérica y el peso social de la clase obrera estadounidense, enormemente incrementados por la guerra, son abrumadores en la vida del país. Nada puede hacerle frente. La productividad de la mano de obra americana, también muy incrementada en tiempos de guerra, es la más alta del mundo. Esto significa habilidad, y la habilidad significa poder.

Los trabajadores estadounidenses están acostumbrados a los más altos niveles de vida y de trabajo. La opinión generalizada de que los salarios altos son un factor conservador que tiende a hacer a los trabajadores inmunes a las ideas y acciones revolucionarias, es unilateral y falsa. Esto sólo es cierto en condiciones de estabilidad capitalista en las que el nivel de vida relativamente alto puede mantenerse e incluso mejorarse. Esto está excluido para el futuro, como ha demostrado todo nuestro análisis. Por otra parte, los trabajadores reaccionan de forma sensible y violenta ante cualquier violación de su nivel de vida. Esto ya lo han demostrado las

oleadas de huelgas en las que grandes masas de trabajadores "conservadores" han recurrido a la vía de acción más combativa y radical. En la situación actual, por tanto, el nivel de vida relativamente alto de los trabajadores americanos es un factor revolucionario y no, como se cree comúnmente, un factor conservador.

El potencial revolucionario de la clase se refuerza aún más por su militancia tradicional unida a la capacidad de reaccionar casi espontáneamente en defensa de sus intereses vitales, y a su singular ingenio e inventiva (ilas huelgas de brazos caídos!).

Otro factor muy importante para elevar el potencial de la clase obrera estadounidense es su cohesión y homogeneidad cada vez mayores, una transformación lograda en el último cuarto de siglo.

Anteriormente, amplios y decisivos sectores del proletariado en las industrias básicas fueron reclutados por la inmigración. Estos trabajadores nacidos en el extranjero se veían perjudicados y divididos por las barreras lingüísticas, tratados como parias sociales y privados de la ciudadanía y de los derechos civiles más elementales. Todas estas circunstancias parecían obstáculos insuperables para su organización y funcionamiento como fuerza laboral unida. Sin embargo, en los últimos años, estos trabajadores nacidos en el extranjero han sido asimilados y "americanizados". Ellos y sus hijos constituyen hoy un poderoso, militante y articulado destacamento del movimiento obrero organizado.

Un desarrollo igualmente significativo y profundo es la transformación que ha tenido lugar en la posición ocupada por los negros. Anteriormente vetados y privados de los derechos y beneficios de la organización por los reaccionarios sindicatos artesanales dominantes y, por otra parte, considerados y a veces utilizados por los empresarios como reserva para fines rompehuelgas, masas de negros han penetrado desde los años veinte en las industrias básicas y en los sindicatos. No menos de dos millones de negros son miembros del CIO, de la AFL y de sindicatos independientes. Han demostrado en las grandes luchas huelguísticas que están en primera línea del progresismo y la militancia.

Los trabajadores estadounidenses tienen la ventaja de estar relativamente libres de prejuicios reformistas, especialmente entre las capas más jóvenes y militantes. La clase en su conjunto no ha sido infectada con el veneno debilitante del reformismo, ni de la variedad "socialista" clásica ni de la marca estalinista de los últimos tiempos. En consecuencia, una vez que pasan a la acción, aceptan más fácilmente las soluciones más radicales. Ningún sector importante de la clase, y mucho menos la clase en su conjunto, se ha desmoralizado por las derrotas. Finalmente, esta joven y poderosa potencia está siendo arrastrada a las fases decisivas de la lucha de clases a un ritmo que crea unas premisas sin

parangón para la radicalización de masas.

XIII

Se ha hablado mucho del "atraso" de la clase obrera norteamericana como justificación de una perspectiva pesimista, del aplazamiento de la revolución socialista a un futuro remoto y de la retirada de la lucha. Esta es una visión muy superficial de los trabajadores norteamericanos y de sus perspectivas.

Es cierto que esta clase, en muchos aspectos la más avanzada y progresista del mundo, aún no ha emprendido el camino de la acción política independiente a escala de masas. Pero esta debilidad puede superarse rápidamente. Bajo la compulsión de la necesidad objetiva, no sólo los pueblos atrasados, sino también las clases atrasadas de los países avanzados, se ven impulsados a salvar grandes distancias de un solo salto. De hecho, la clase obrera norteamericana ya ha dado uno de esos saltos que la ha hecho avanzar muy por delante de sus posiciones anteriores.

Los trabajadores entraron en la crisis de 1929 como una masa desorganizada y atomizada imbuida de ilusiones sobre el "individualismo rudo", la "iniciativa privada", la "libre empresa", el "American Way", etc., etc. Menos del 10 por ciento de la clase en su conjunto estaba organizada en el campo sindical (menos de 3 millones de 33 millones en 1929). Además, esta delgada capa abarcaba principalmente a los trabajadores altamente cualificados y privilegiados, organizados en anticuados sindicatos artesanales. El sector principal y más decisivo de los trabajadores sólo conocía el sindicalismo como "sindicalismo de empresa", sin el beneficio, la experiencia e incluso la comprensión de la forma más elemental de organización obrera: el sindicato. Eran considerados y tratados como mera materia prima para la explotación capitalista, sin derechos ni protección ni seguridad de empleo.

Como consecuencia, la crisis de 1929 encontró a la clase obrera indefensa e impotente. Durante tres años, las masas permanecieron aturdidas y desorientadas por el desastre. Su resistencia fue muy limitada y esporádica. Pero su ira y su resentimiento se acumularon. Los cinco años siguientes (1933-37), coincidiendo con una reactivación parcial de la industria, fueron testigos de una serie de enfrentamientos gigantescos, luchas callejeras y huelgas de brazos caídos —una guerra civil embrionaria— cuyo resultado final fue un salto, un salto gigantesco, para millones de trabajadores desde la inexistencia como fuerza organizada hasta la conciencia y la organización sindicales. Una vez iniciado, el movimiento sindical se multiplicó, abarcando hoy a casi 15 millones de trabajadores de todas las industrias básicas.

De un salto —en una breve década— los trabajadores

norteamericanos adquirieron conciencia sindical en un plano más elevado y con organizaciones más poderosas que en cualquier otro país avanzado. En el estudio y análisis de esta gran transformación, más que en las insulsas reflexiones sobre el "atraso" de los trabajadores norteamericanos, se puede encontrar la clave de los futuros desarrollos prospectivos. Bajo el impacto de los grandes acontecimientos y de las necesidades apremiantes, los trabajadores norteamericanos avanzarán más allá de los límites del sindicalismo y adquirirán conciencia de clase política y se organizarán en un movimiento arrollador similar.

XIV

El instrumento decisivo de la revolución proletaria es el partido de la vanguardia consciente de clase. Sin la dirección de tal partido, las situaciones revolucionarias más favorables, que surgen de las circunstancias objetivas, no pueden llevarse a cabo hasta la victoria final del proletariado y el comienzo de la reorganización planificada de la sociedad sobre bases socialistas. Esto se demostró de la manera más concluyente —y positiva— en la Revolución Rusa de 1917. Esta misma lección de principio se desprende de manera no menos irrefutable —aunque negativa— de toda la experiencia mundial de la época de guerras, revoluciones y levantamientos coloniales que comenzó con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914.

Sin embargo, esta conclusión básica de la vasta y trágica experiencia del último tercio de siglo, puede ser y ha sido objeto de una interpretación reaccionaria por parte de una escuela de neo-revisionismo, representada por los ideólogos, filósofos y predicadores de la postración, la capitulación y la derrota. Dicen en efecto: "Como el partido revolucionario es pequeño y débil es ocioso hablar de posibilidades revolucionarias. La debilidad del partido lo cambia todo". Los defensores de esta "teoría" rechazan y repudian el marxismo, adoptando en su lugar la escuela subjetiva de la sociología. Aíslan el factor de la debilidad numérica relativa del partido revolucionario en un momento dado de la totalidad de los acontecimientos económicos y políticos objetivos que crean todas las condiciones necesarias y suficientes para el rápido crecimiento del partido revolucionario de vanguardia.

Dada una situación objetivamente revolucionaria, un partido proletario -incluso pequeño- equipado con un programa marxista elaborado con precisión y cuadros firmes puede expandir sus fuerzas y ponerse a la cabeza del movimiento revolucionario de masas en un lapso de tiempo comparativamente breve. Las experiencias de la revolución rusa de 1917 también demostraron esto de manera concluyente y positiva. Allí, el Partido Bolchevique, encabezado por Lenin y Trotsky, pasó de ser una pequeña minoría, que acababa de salir del aislamiento clandestino en

febrero, a la conquista del poder en octubre: un período de nueve meses.

La debilidad numérica, sin duda, no es una virtud para un partido revolucionario, sino una debilidad a la que hay que sobreponerse mediante la perseverancia, trabajo y lucha resuelta. En Estados Unidos se están dando todas las condiciones para que la vanguardia organizada pase rápidamente de ser un grupo de propaganda a un partido de masas lo suficientemente fuerte como para dirigir la lucha revolucionaria por el poder.

XV

Las desesperadas contradicciones del capitalismo americano, irriextricadamente ligadas a la agonía del capitalismo mundial, están destinadas a desembocar en una crisis social de proporciones tan catastróficas que pondrán la revolución proletaria a la orden del día.

En esta crisis, es realista esperar que los trabajadores estadounidenses, que alcanzaron la conciencia sindical y la organización en una sola década, pasen por otra gran transformación en su mentalidad, alcanzando la conciencia política y la organización. Si en el curso de este desarrollo dinámico se forma un partido obrero de masas basado en los sindicatos, no representará un desvío hacia el estancamiento reformista y la futilidad, como ocurrió en Inglaterra y otros lugares en el período de ascenso capitalista. Según todos los indicios, más bien representará una etapa preliminar en la radicalización política de los trabajadores estadounidenses, preparándolos para la dirección directa del partido revolucionario.

El partido revolucionario de vanguardia, destinado a dirigir este tumultuoso movimiento revolucionario en los EE.UU., no tiene que ser creado. Ya existe, y su nombre es SOCIALIST WORKERS PARTY. Es el único heredero legítimo y continuador del comunismo americano pionero y de los movimientos revolucionarios de los trabajadores americanos de los que surgió. Su núcleo ya ha tomado forma en tres décadas de incesante trabajo y lucha contra la corriente. Su programa se ha forjado en batallas ideológicas y se ha defendido con éxito contra cualquier tipo de ataque revisionista. El núcleo fundamental de una dirección profesional se ha reunido y formado en el espíritu irreconciliable del partido de combate de la revolución.

La tarea del PARTIDO SOCIALISTA OBRERO consiste simplemente en esto: Mantenerse fiel a su programa y a su bandera; precisarlos con cada nuevo desarrollo y aplicarlos correctamente en la lucha de clases; y ampliarse y crecer con el crecimiento del movimiento revolucionario de masas, aspirando siempre a conducirlo a la victoria en la lucha por el poder político.

La Revolución Americana de Corning

Por James P. Cannon

En esta XII Convención del Partido Socialista de los Trabajadores nos hemos propuesto como tarea central analizar la etapa actual del desarrollo del imperialismo de los Estados Unidos tal como surgió de la Segunda Guerra Mundial —y sus perspectivas ulteriores— y sacar las conclusiones necesarias de este análisis.

En nuestra tesis principal nos ocupamos exclusivamente de las perspectivas de la Revolución Americana. Las cuestiones secundarias de táctica, e incluso de estrategia, se dejan para su consideración en otro punto del orden del día después de que hayamos debatido y decidido la cuestión principal de la perspectiva.

¿Por qué son necesarias ahora las Tesis sobre Perspectivas?

Cabe preguntarse: ¿Por qué son necesarias ahora las tesis perspectivas? Para que el partido vea con claridad el camino que tiene por delante es necesario tener una orientación principal y una visión a largo plazo de la evolución futura. Las tesis que hemos presentado son necesarias en el momento actual por varias razones.

En primer lugar, todo el concepto trotskista de nuestra época como época de revoluciones ha sido cuestionado por una nueva escuela de revisionistas del marxismo. ¿Qué respuesta damos a este desafío, con referencia específica a los Estados Unidos de América?

¿Qué conclusiones sacamos de la guerra y sus secuencias, del nuevo poder del imperialismo americano, de la prosperidad de la posguerra y del retraso de la revolución europea? ¿Qué conclusiones sacamos de estos grandes acontecimientos para la realización de nuestro propio trabajo y para nuestra propia perspectiva futura en los Estados Unidos?

En segundo lugar, ¿qué diremos a nuestros correligionarios de otros países sobre las perspectivas revolucionarias en Estados Unidos? Seguramente están esperando noticias de nuestra convención sobre esta cuestión, pues es de la más vital y decisiva importancia para ellos. Esto vale para los obreros de Europa, pero no sólo para ellos.

Se aplica a los obreros de Rusia, de América del Sur y Central, de China, de Japón, de Asia en su conjunto, de la India; de hecho, a los obreros de todo el mundo que se encuentra hoy bajo la sombra del

imperialismo estadounidense.

Y, por último, ¿qué enseñará el partido a los nuevos miembros que hoy afluyen a nuestras filas por centenares y que mañana vendrán a nosotros por millares? ¿Qué debemos decirles concretamente sobre las perspectivas de la revolución en Estados Unidos? Eso es lo que quieren saber por encima de todo.

Nuestro documento se compromete a dar respuestas directas a todas estas preguntas.

Cabe hacerse otra pregunta: ¿Qué hay de nuevo en las "Tesis sobre la Revolución Americana" presentadas por el Comité Nacional?

En cierto sentido, puede decirse que no hay nada nuevo, pues todo nuestro trabajo se ha inspirado en una firme confianza en la próxima victoria de los trabajadores norteamericanos, y todas nuestras luchas contra las tendencias oportunistas se han derivado de ella.

En otro sentido, puede decirse que todo es nuevo, pues en las tesis del Comité Nacional sobre la Revolución Americana afirmamos ahora, explícita y concretamente, lo que siempre ha estado implícito en nuestras luchas con las organizaciones, grupos y tendencias oportunistas sobre cuestiones que se derivaban de esta perspectiva principal nuestra.

Ese ha sido el significado subyacente de nuestra larga lucha por construir un partido de combate homogéneo. Ese ha sido el significado de nuestra lucha obstinada e irreconciliable por un programa único que una al partido en su conjunto; por un partido democrático, centralizado y disciplinado con una dirección profesional; por una política de principios; por la proletarianización de la composición del partido; por la concentración del partido en el trabajo sindical ("sindicalización del partido"); y, si se me permite decirlo sin que se me malinterprete, por su "americanización". Todo ello derivaba de nuestro concepto del realismo de las perspectivas revolucionarias en América, y de la necesidad de crear un partido con esa perspectiva en mente.

En resumen, hemos trabajado y luchado para construir un partido apto para dirigir una revolución en Estados Unidos. En el fondo de todas nuestras concepciones estaba la concepción básica de que la revolución proletaria es una propuesta realista en este país, y no meramente un "objetivo último" lejano, al que hay que referirse en ocasiones ceremoniales.

Yo digo que esto no es nuevo. De hecho, ha sido expresado a menudo por muchos de nosotros, incluido Trotsky, en artículos personales y discursos. Pero sólo ahora, por primera vez, se ha incorporado en un documento programático del partido. Eso es lo nuevo en nuestras "Tesis sobre la Revolución Americana". Ahora afirmamos explícitamente lo que antes estaba implícito.

Por primera vez, el partido como partido plantea concretamente la cuestión fundamental de las perspectivas de la Revolución Americana.

Al leer las tesis, observará que las cuestiones secundarias de táctica e incluso de estrategia, con toda su importancia, quedan al margen. Y esto no es por accidente o negligencia, sino por diseño. Las tesis sólo se ocupan del análisis y de las perspectivas —y sólo en el sentido más amplio— porque *ésa es la base fundamental de la que partimos*.

Las cuestiones tácticas e incluso las cuestiones de gran importancia estratégica —como la alianza del movimiento obrero y el pueblo negro, el papel de los veteranos de guerra retornados, las relaciones entre los obreros y los campesinos pobres y la pequeña burguesía urbana, las cuestiones del fascismo y del partido obrero—, estas cuestiones, con toda su gran importancia subordinada, se dejan fuera de las tesis principales para ser consideradas por separado en otros documentos. Serán examinadas en otro momento de la Convención, porque la respuesta correcta a todas ellas depende en realidad de una respuesta correcta a la cuestión principal de la perspectiva general planteada en las tesis del Comité Nacional.

Por supuesto, una línea general, una perspectiva general, no garantiza que siempre se encuentre la respuesta correcta a las cuestiones derivadas, las cuestiones secundarias. Pero sin esta orientación general, sin esta concepción amplia y dominante, es bastante inútil esperar encontrar el camino en cuestiones tácticas y estratégicas.

Las tesis ya han sido criticadas por personas que se ocupan exclusivamente de "la pequeña moneda de los objetos concretos". Se nos ha criticado porque "no mencionamos tareas concretas" y "no planteamos problemas concretos".

Eso es cierto. Pero, ¿qué hay de malo en ese procedimiento?

Somos marxistas y, por tanto, no empezamos por las pequeñas cuestiones, por la táctica, ni siquiera por la estrategia. Primero establecemos la línea rectora de la que se derivan las respuestas a las cuestiones secundarias.

Los que se preocupan sobre todo de la táctica nos reprochan nuestro procedimiento y alegan que revela la diferencia entre su *método político* y el nuestro. Eso es totalmente correcto. Nosotros procedemos de lo fundamental a lo secundario; ellos proceden mordisqueando las cuestiones secundarias para socavar los conceptos fundamentales. Hay, en efecto, una diferencia de método.

Nuestras tesis esbozan específicamente las perspectivas revolucionarias en América y exigen que el partido dirija y regule toda su actividad diaria a la luz de estas perspectivas.

Internacionalismo

Nuestra preocupación en esta convención por los asuntos americanos y las perspectivas americanas no significa que nos apartemos del internacionalismo que siempre ha distinguido a nuestra tendencia. Más bien, estamos dando un paso adelante en la aplicación de nuestra concepción internacionalista a los asuntos americanos. Esto significa sacarlos del reino de la abstracción y darles carne y hueso.

Comenzamos en 1928 con una lucha por el internacionalismo contra el dogma del "socialismo en un solo país" que los revisionistas estalinistas habían impuesto a la Comintern y a todas sus secciones. Esa fue la más fundamental de todas las cuestiones de principio que han conformado y guiado el desarrollo de nuestro movimiento en América durante los últimos 18 años.

Dijimos entonces, y seguimos creyendo, que el mundo moderno es una unidad económica; y que ni un solo problema social importante —y desde luego no el problema más importante, la reorganización socialista de la sociedad— puede resolverse definitivamente sobre bases nacionales.

Con la presentación de las tesis del Comité sobre las perspectivas de la Revolución Americana, añadimos una idea correlativa en el sentido siguiente: ya no es posible hablar seriamente de la revolución socialista mundial sin incluir específicamente a América en el programa. Hoy eso sería casi tan utópico como lo fue la teoría del "socialismo en un solo país" cuando fue promulgada por primera vez por Stalin para Rusia en 1924.

Esto siempre ha sido cierto, pero ahora lo es más que nunca a la luz de la Segunda Guerra Mundial y su resultado. Estados Unidos ha salido de la guerra como la potencia más fuerte del mundo, tanto económica como militarmente. Nuestras tesis afirman que el papel de Estados Unidos en la evolución futura del mundo será decisivo en todos los aspectos.

Si los trabajadores de otro país, o incluso de una serie de otros países, tomen el poder antes de la victoria revolucionaria en Estados Unidos, tendrán que defenderse del coloso estadounidense, armado hasta los dientes y contrarrevolucionario hasta la médula.

Por otra parte, una victoria revolucionaria en los Estados Unidos, señalando la caída del bastión más fuerte de capitalismo, sellaría su perdición a escala internacional.

O, en una tercera variante, si la revolución socialista fuera derrotada en otros países o incluso en otros continentes, y retrocediera y se retrasara, todavía podemos luchar y ganar en Estados Unidos. Y eso reviviría de nuevo la revolución en cualquier otro lugar del mundo.

La situación mundial deja bien claro que el inter— nacionalismo

platónico está decididamente pasado de moda en este país. El internacionalismo, tal como lo conciben los trotskistas, significa ante todo colaboración internacional. Pero en nuestra opinión esta colaboración internacional debe significar no sólo la discusión de los problemas y tareas de los co-pensadores en otros países —aquí es donde empieza y termina el internacionalismo platónico— sino también la solución de estos problemas, sobre todo nuestros propios problemas específicos, *en la acción*. Esa es nuestra concepción del internacionalismo tal como pretendemos aplicarla y tal como la hemos expresado en las tesis.

El internacionalismo unilateral —preocupación por cuestiones lejanas hasta el punto de excluir y descuidar los problemas candentes del propio país— es una forma de evasión de las realidades internas, una caricatura del internacionalismo. Esta sencilla verdad no siempre ha sido comprendida, y hay quien todavía no la entiende. Pero nuestro partido sólo podrá justificar su existencia si, partiendo de un programa internacional, consigue aplicar este programa a las condiciones de la vida americana y confirmarlo en la acción.

Esto supone, en primer lugar, un estudio atento de América y una firme confianza en sus perspectivas revolucionarias. Los que se contentan con el papel de comentaristas de las ferias extranjeras —y es sorprendente cuántos hay— o con el de una sociedad de la Cruz Roja para ayudar a otras revoluciones en otros países, nunca dirigirán una revolución en su propio país; y a la larga tampoco serán de mucha ayuda a otros países. Lo que los demás países necesitan de nosotros, por encima de todo, es una pequeña pero buena revolución en los Estados Unidos.

El trotskismo —que no es más que otro nombre del bolchevismo— es una doctrina mundial y se ocupa de todas las cuestiones de importancia mundial. Pero no olvidemos —o mejor dicho, que algunos de nosotros empezamos a reconocer por primera vez— que América, los Estados Unidos, es parte del mundo; de hecho, su parte más fuerte y decisiva, cuyo desarrollo ulterior será de lo más fatídico para el conjunto. ,

Es desde este punto de vista que consideramos necesario esbozar ahora más concreta y precisamente que antes nuestra estimación de las perspectivas americanas y concentrarnos en la preparación para ellas. Cuando hablamos de la "americanización" del partido en este sentido, no lo hacemos como vulgares nacionalistas, ni mucho menos, sino como auténticos internacionalistas de hecho y de palabra.

Los factores objetivos de la Revolución Americana

Nuestras tesis sobre las perspectivas de la Revolución Americana

proceden de acuerdo con el método marxista y la tradición marxista analizando y enfatizando en primer lugar los factores objetivos que hacen a la revolución. Estos *son prioritarios. Son fundamentales*. Cualquier otro enfoque que no parta de los factores objetivos es poco realista, mera utopía, por muy revolucionarios que sean sus defensores.

Esta caracterización de irrealismo se aplica también a la nueva revelación de quienes han exaltado el factor subjetivo —entendiendo por tal el partido y su fuerza o debilidad en un momento dado— hasta el primer lugar.

Sería incorrecto, sin embargo, añadir la calificación suplementaria de que estos últimos expertos del factor subjetivo, estos últimos revisionistas, tienen "mentalidad revolucionaria". Son poco realistas, pero no revolucionarios, pues emplean su nueva "teoría" exclusivamente para la explicación de las derrotas pasadas y la anticipación y predicción de otras nuevas. No veo nada revolucionario en ello.

Nuestras tesis rinden el debido reconocimiento a la gran fuerza del imperialismo de Estados Unidos. Que nadie nos acuse de no dar a la potencia imperialista norteamericana lo que le corresponde. Le hemos dado el debido reconocimiento. Esto es correcto y adecuado en un documento que aspira a la objetividad científica; porque el poder y los recursos del coloso yanqui son tan imponentes en relación con todos los demás países, y en relación con cualquier cosa que se haya visto antes en el mundo en el ámbito del poder material —y han sido tan bien publicitados en el negocio— que nadie podría pasarlos por alto.

Pero nuestras tesis -y aquí nos desmarcamos de todos aquellos que están hipnotizados por la apariencia superficial de las cosas- señalan no sólo la fuerza del imperialismo norteamericano, sino también sus debilidades inherentes; las contradicciones de las que no puede escapar; y el nuevo poder, aún mayor, que ha creado y que está destinado a ser su sepulturero: la clase obrera norteamericana. Esta es también una parte del cuadro americano que hay que observar y tomar nota si se quiere tener un documento completamente verdadero y objetivamente formulado.

Una visión unilateral del sistema capitalista americano —sobreestimación de su poder y postración ante él— es la fuente de muchas ilusiones. Y estas ilusiones, a su vez, son la fuente principal del oportunismo obrero estadounidense en general; de la capitulación y traición de los intelectuales radicales... *en masa*; del estalinismo; y de todas las variedades de reformismo y menchevismo.

Al considerar las perspectivas del sistema capitalista americano en general y de la actual prosperidad de posguerra en particular, observamos una anomalía peculiar y bastante interesante. Los amos capitalistas de la sociedad, y sus ideólogos y expertos eco—nómicos, entran en el nuevo período con dudas y temores que no ocultan; mientras que la mayor

confianza en la larga vida y la buena salud del actual orden de la sociedad en América la expresan abiertamente o la dan a entender tácitamente quienes se erigen en representantes de los trabajadores — nombradamente, la dirección oficial de los movimientos obreros y los mensheviks de todos los grados.

La burguesía americana entró en el gran boom de los años veinte con la exuberante confianza y entusiasmo de los alquimistas que habían descubierto por fin la piedra filosofal que lo convierte todo en oro. En aquella edad de oro del capitalismo americano, una nueva escuela de economistas burgueses salía de las universidades para proclamar la buena nueva de que Marx había sido refutado por Henry Ford; que el genio empresarial americano había descubierto el secreto del pleno empleo y la prosperidad permanente sin interferir con la propiedad privada de los medios de producción, si no, por el contrario, fortaleciéndola y ayudando a su concentración.

Siguieron aporreando los tambores sobre este tema hasta el año, el mes e incluso el día en que el estupendo mito de los años veinte estalló en el crack bursátil de 1929. La misma semana en que toda la estructura se vino abajo, se publicaron los artículos más eruditos en el ñame de los profesores universitarios más eminentes explicando que esta prosperidad iba a ir a más y continuaría sin fin.

Es cierto que los dirigentes obreros y los socialdemócratas de este país y de todo el mundo fueron cautivados por el mito de la prosperidad permanente en los años veinte y se alistaron en el gran desfile. Pero sólo siguieron, no lideraron. Los capitalistas iban en cabeza, llenos de confianza y optimismo en aquellos días. Los capitalistas y sus economistas fueron fortificados en su fe por su ignorancia, y esa es una maravillosa fortificación para algunos tipos de fe.

Simplemente observaron que los beneficios se multiplicaban y la productividad aumentaba a un ritmo y en una escala nunca antes conocidos, y que esto continuaba año tras año. Hipnotizados por el maravilloso fenómeno empírico, confundieron una fase pasajera con una condición permanente.

Este malentendido era ampliamente compartido. El mito de los años veinte penetró profundamente en todos los estratos sociales de Estados Unidos.

Los comunistas pioneros tuvieron que sentar las bases de un partido que aspirara a la revolución. Ésas fueron las condiciones en las que los comunistas pioneros tuvieron que sentar las bases de un partido que aspirara a la revolución. La confianza y la ilusión en la permanencia de la prosperidad del capitalismo penetraron hasta lo más profundo de la propia clase obrera.

El gran auge de los años veinte se desarrolló en las condiciones más favorables. El sector norteamericano de la economía capitalista estaba aún en su mejor momento, apoyándose en un vasto mercado interior propio que se extendía de costa a costa y de la Cañada al Golfo, y en un comercio exterior en expansión. Las demás condiciones eran entonces muy favorables.

Pero, a pesar de ello, es un hecho histórico que este gran auge terminó con el crack bursátil de 1929. Es un hecho que la crisis duró, con algunas fluctuaciones, diez años.

Los hechos y cifras más destacados de la crisis de los años treinta se recitan en nuestras tesis. Muestran la profundidad e intensidad de la crisis, sus horribles efectos en términos de miseria humana y los golpes irreparables que asestó al sistema capitalista estadounidense. La renta nacional se redujo a la mitad y, con ella, el nivel de vida de los trabajadores. El desempleo alcanzó la cifra de 20 millones sobre una población obrera que entonces no superaba los 40 millones.

La recuperación parcial, provocada en gran medida por el enorme gasto público, sólo condujo a una segunda caída brusca en 1937, una crisis dentro de la crisis. La crisis en su conjunto duró diez sólidos años. E incluso entonces, la única salida para la reactivación y el aumento de la producción y la absorción de los desempleados fue la guerra y los colosales gastos relacionados con ella.

Y esta recuperación artificialmente inducida, que amplió enormemente la planta productiva del país y la fuerza numérica de la clase obrera, no ha hecho más que profundizar las contradicciones y ha preparado todas las condiciones para la explosión de otra crisis, mucho peor que la de los años treinta y cargada de implicaciones sociales mucho más graves.

Así pues, al analizar las perspectivas futuras del capitalismo estadounidense, nos limitamos a seguir el consejo del realismo planteando la siguiente pregunta: Si el capitalismo americano fue sacudido hasta sus cimientos por la crisis de los años treinta, en un momento en que el sistema mundial de capitalismo —y América con él, y América especialmente— era más joven, más rico y más sano de lo que es ahora; si esta crisis duró diez años, e incluso entonces no pudo ser superada por el funcionamiento normal de las leyes económicas; si todas las causas básicas de la crisis fueron ignoradas por el capitalismo americano; si todas las causas básicas de la crisis fueron ignoradas por el capitalismo americano; si todas las causas básicas de la crisis fueron ignoradas por el capitalismo americano; si todas las causas básicas de la crisis fueron ignoradas por el capitalismo americano, y contradicciones que provocaron la crisis de los años treinta han sido arrastradas y alojadas en la nueva guerra artificial y en la prosperidad de la posguerra, Si todo esto es cierto —y nadie que no sea un necio puede negarlo, pues los

hechos son evidentes—, ¿qué posibilidades tiene el auge capitalista de los años cuarenta, que estamos viviendo ahora, de tener un final diferente al auge de los años veinte?

El realismo marxista nos dice que sólo puede ser diferente en la medida en que la crisis debe ser mucho más profunda, debe ser mucho más devastadora en sus consecuencias y debe llegar antes de lo que lo hizo en el boom de los años veinte.

La teoría engañosa expuesta por los economistas burgueses tontamente optimistas en el apogeo del auge capitalista de los años veinte, en el sentido de que Marx había sido burlado por el genio empresarial estadounidense, fue refutada por la crisis de diez años de los años treinta, y esa aplastante refutación permanece en la memoria de todos.

¡Qué inexcusable, pues, qué absurdo, qué francamente reaccionario es el cultivo de este mito en las nuevas condiciones actuales!

En justicia a la burguesía y a sus ideólogos, hay que admitir que, instruidos por las experiencias del pasado, adoptan ahora una posición mucho más sobria y cautelosa en sus pronósticos sobre el futuro. El niño quemado teme al fuego, es decir, si es un economista burgués, un hombre de negocios y no un bromista teórico.

Los economistas y empresarios burgueses hablan hoy mucho más de "auge y caída" que de auge sin fin. Cualquier revista económica de hombres de negocios que puedas encontrar en Tándem expresa oscuros presentimientos sobre el futuro económico. Hablan con despreocupación—como si se tratara de algo natural, que hay que dar por sentado— de una inminente "sacudida" que ralentizará las ruedas de la producción y llevará a la quiebra a las empresas más pequeñas que han florecido al margen del auge.

Al principio, se refirieron a este proceso como un "ensayo", pero eso expresaba sus pensamientos con demasiada veracidad. Y como los economistas burgueses no pueden vivir sin mentir y disimular, dejaron de hablar del "ensayo" y finalmente dio con el sustituto—eufemístico— de una "sacudida".

Eso suena mejor, pero no será ni un céntimo más barato.

El coro solé de optimismo, en lo que se refiere a los prospects económicos del capitalismo americano, es el que levanta la variedad americana de los mencheviques. Y ése es un coro delgado, de agudos y trémolos, sin una voz de bajo en él, o un barítono, o incluso un tenor de primera clase. Es un coro de eunucos.

Nuestras tesis fundamentales sobre la Revolución Americana no están vinculadas a las perspectivas económicas del próximo mes o del próximo año. Se refieren exclusivamente a las consecuencias a largo plazo de la

actual prosperidad artificial. Desde el punto de vista de nuestras tesis, es indiferente que la crisis se desencadene a principios de la primavera de 1947, como predicen muchos economistas burgueses; o seis meses más tarde, como piensan muchos otros; o incluso uno o dos años más tarde, como es muy posible en mi opinión. Nuestras tesis no consideran los plazos inmediatos, sino la *perspectiva general*. Eso es lo que tenemos que tener en cuenta en primer lugar.

Adoptamos la posición de que la crisis es *inherente* a la situación; que no puede escaparse ni evitarse; y que esta crisis, cuando golpee con toda su fuerza, será mucho más profunda y devastadora que la crisis de los años treinta. Como consecuencia, abrirá las más grandiosas posibilidades revolucionarias en los Estados Unidos. Esa concepción debe estar en la base de la política y las perspectivas de nuestro partido a partir de ahora.

La transformación de la clase obrera estadounidense

Procedo a partir de la discusión de los factores objetivos en el sentido más amplio, como hacen nuestras tesis, para pasar a otro de los factores más fundamentales de la Revolución Americana de Corning y de su victoria.

La clase obrera norteamericana que se enfrente a la próxima crisis no será la masa desorganizada e indefensa que se enfrentó a la crisis de los años treinta con desconcierto y miedo, e incluso con un elemento de desesperación. Entretanto se han producido grandes cambios, y todos ellos redundan en beneficio de la revolución.

El proletariado aumentó enormemente en número con la expansión de la industria durante la guerra. Millones de negros, de mujeres y de jóvenes de la nueva generación han sido arrancados de su existencia anterior y asimilados a los procesos de la industria moderna. De este modo, han pasado de ser una multitud de individuos dispersos a un cuerpo coherente imbuido de un nuevo sentido de utilidad y poder.

Lo más notable de todo, lo más cargado de consecuencias para el futuro, es el salto verdaderamente gigantesco que dieron los trabajadores estadounidenses desde la desorganizada falta de ayuda individual hasta la conciencia y organización sindical militante en una breve década. A principios de los años treinta, el movimiento sindical apenas contaba con más de tres millones de miembros. En la actualidad, la cifra asciende a *15 millones de miembros de sindicatos en Estados Unidos*.

Se puede señalar este hecho y decir que representa un crecimiento notable. Pero estas cifras, por elocuentes que sean, no cuentan por sí solas toda la historia, la verdadera historia. En efecto, de los cerca de tres

millones de afiliados que tenían los sindicatos a principios de los años treinta, la gran mayoría pertenecía al estrato de los trabajadores más cualificados y privilegiados, que son los más conservadores en su pensamiento social. El gran grueso de los trabajadores de las industrias de producción en masa —el sector más decisivo del proletariado— carecía por completo del beneficio de la organización y ni siquiera había conocido nunca la experiencia de la misma.

A pesar de ello —o más correctamente, debido a ello— cuando estos trabajadores de la producción en masa tomaron el sapo de la organización sindical, con el renacimiento parcial de la industria a mediados de los años treinta, no se vieron impedidos por el bagaje oíd y la rutina amortiguadora de los sindicatos artesanales conservadores. Empezaron desde cero con la forma moderna de organización —la unión industrial— y con los métodos más combativos de lucha de masas, que alcanzaron su punto álgido en la gran oleada de huelgas de brazos caídos de 1937.

Los beneficios que estos trabajadores de la producción en masa obtenían del sindicalismo fueron arrancados a los empresarios en una lucha abierta y, por lo tanto, quedaron más firmemente asegurados. La estabilidad y la cohesión de las organizaciones sindicales creadas en estas luchas se pusieron a prueba en la oleada de huelgas del año pasado. Aquí vimos una clara demostración de la gran diferencia en la relación de fuerzas entre los trabajadores y los capitalistas al final de la Segunda Guerra Mundial con respecto a la que prevalecía al final de la Primera Guerra Mundial, una diferencia totalmente a favor de los trabajadores.

Tras la finalización con éxito de la Primera Guerra Mundial "para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia", la clase dominante de América se embarcó en una furiosa campaña reaccionaria para acabar con los sindicatos, establecer la tienda abierta y suprimir todas las formas de radicalismo obrero. En las "Redadas Rojas de Palmer" de 1919 se disolvieron cientos de reuniones políticas y miles de trabajadores radicales fueron arrestados, cientos fueron enviados a prisión y barcos enteros de trabajadores nacidos en el extranjero fueron deportados. El recién fundado Partido Comunista fue salvajemente perseguido, sus dirigentes detenidos y procesados y el partido llevado a la clandestinidad.

Simultáneamente, la huelga de la siderurgia se rompió, en parte por la violencia despiadada y en parte por la importación al por mayor de rompeshuelgas; los sindicatos recién formados durante la guerra fueron disueltos y dispersados a diestro y siniestro; la huelga de los ferroviarios fue derrotada en 1922. El capitalismo americano, aplastando toda oposición marchó con confianza hacia el paraíso sin huelgas y de tiendas abiertas del gran auge de los años veinte.

Lo mismo se intentó, o al menos se contempló, para el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, pero el resultado

fue un miserable fiasco. Esta vez fueron los trabajadores organizados los que salieron victoriosos en todos los frentes.

Los grandes sindicatos industriales del acero, la automoción, el petróleo, el embalaje, la electricidad y los trabajadores marítimos demostraron su capacidad para detener por completo la producción hasta que los empresarios llegaran a un acuerdo. La nueva solidaridad y combatividad de los trabajadores fue tan grande que ni la violencia ni la importancia de los rompeshuelgas —factores decisivos en la derrota de las huelgas que siguieron a la Primera Guerra Mundial— pudieron siquiera ser intentadas por la patronal.

Millones y decenas de millones de trabajadores de otras industrias, aprovechando el ejemplo de las huelgas de automóviles, siderúrgicas, empaquetadoras, eléctricas y otras, y subidos a la ola creada por ellas, consiguieron aumentos salariales mediante la "negociación colectiva", mientras mantenían intactos sus sindicatos e incluso los reforzaban.

¿De dónde surgió este maravilloso movimiento obrero? ¿Quién lo creó?

Aquí debemos rendir el debido reconocimiento al capitalismo estadounidense. Mediante el funcionamiento ciego de sus leyes internas y su método de funcionamiento, ha creado el mayor poder del mundo: la clase obrera estadounidense. Aquí es donde Marx se venga de Henry Ford. El capitalismo produce muchas cosas a un ritmo rápido y en grandes cantidades. Pero su contribución más rica al desarrollo ulterior y superior de la civilización humana es la producción de su propio sepulturero: la clase obrera organizada.

El capitalismo estadounidense, como sabemos, no pudo obrar el milagro del auge sin crisis. Pero en el periodo de los años veinte y treinta, trabajando a ciegas y sin darse cuenta, obró otras maravillas que rozan lo milagroso.

El capitalismo estadounidense tomó a millones de campesinos descalzos de las granjas en bancarrota del país, les puso zapatos y los hizo marchar hacia las filas regimentadas de la industria moderna operada socialmente; los mojó bajo la lluvia de la explotación acelerada de los años veinte que mataba al hombre; los secó bajo el sol de la espantosa crisis de los años treinta; los sobrecargó de trabajo en la cadena de montaje, los hizo pasar hambre en la cola del pan, los maltrató y abusó de ellos; y finalmente logró convertirlos en un cuerpo coherente que emergió como una sección del movimiento sindical más poderoso y combativo que el mundo haya conocido jamás.

El capitalismo americano tomó cientos de miles de negros del Sur y, explotando su ignorancia, su pobreza, sus miedos y su impotencia individual, los apiñó en una manada en las milicias siderúrgicas como rompeshuelgas en la huelga del acero de 1919. Y en el breve espacio de

una generación, mediante el maltrato, abuso y explotación de estos inocentes e ignorantes rompedores negros, este mismo capitalismo consiguió convertirlos a ellos y a sus hijos en uno de los destacamentos más combativos y fieles de la gran huelga victoriosa del acero de 1946.

Este mismo capitalismo tomó decenas de miles y cientos de miles de paletos prejuiciosos del Sur, muchos de ellos miembros y simpatizantes del Ku Klux Klan; y pensando en utilizarlos, con su ignorancia y sus prejuicios, como una barrera contra el sindicalismo, los absorbió en las fábricas de automóviles y caucho de Detroit, Akron y otros centros industriales. Allí los hizo sudar, los humilló, los condujo y los explotó hasta que finalmente los cambió e hizo de ellos hombres nuevos. En esa dura escuela, los sureños importados aprendieron a cambiar la insignia del K.K.K. por el botón de unión de la O.I.C., y a convertir la ardiente cruz del miembro del Klan en una hoguera para calentar a los piquetes en la puerta de la fábrica.

Hoy en día no se encuentran Ku Kluxers ni Legionarios Negros en las fábricas de automóviles y caucho, o al menos no muchos de ellos. Pero hay una gran cantidad de delegados sindicales y capitanes de piquetes de primera clase que originalmente bajaron de las colinas y subieron de los pantanos del Sur atrasado a la llamada del capitalismo estadounidense.

La clase obrera estadounidense recorrió la gran distancia que la separaba de la atomización, de la inexistencia como fuerza organizada, a la conciencia y la organización de la unión comercial, en un salto gigantesco, en una breve década.

¡Qué grandiosas perspectivas abre este logro para el futuro! ¿Cuáles son los límites de las posibilidades y poderes futuros de esta extraordinaria clase? No hay límites. Todo es posible y todo lo necesario se hará realidad.

Si alguien hubiera predicho en 1932, en lo más profundo de la crisis, que en el plazo de diez años 10 millones de nuevos trabajadores que nunca habían conocido el sindicalismo se organizarían en sindicatos industriales del tipo más moderno y demostrarían su capacidad para obligar a los propietarios absentistas de las industrias del acero y del automóvil y del caucho y otras industrias de producción en masa a llegar a un acuerdo y ni siquiera a atreverse a intentar romper las huelgas, los escépticos habrían dicho: "Esto es fantasía. Esto es radicalismo de ultraizquierda".

Pero ocurrió igual.

Los trabajadores estadounidenses no siempre se mueven cuando los impacientes revolucionarios les llaman, como muchos de nosotros hemos aprendido a nuestro pesar. Pero se mueven cuando están preparados, y entonces se mueven masivamente.

El sindicalismo industrial no es una idea nueva. Se proyectó lotig antes de encontrar su realización a escala masiva en América, y los pioneros del sindicalismo industrial en América sufrieron muchas decepciones. En 1930, la IWW celebró con tristeza su 25 aniversario. Al cabo de un cuarto de siglo, la organización que había proclamado el programa del sindicalismo industrial 25 años antes estaba completamente derrotada, era una cáscara hueca con muchos menos miembros de los que tenía en 1905, el brillante año de la promesa, bajo una gran galaxia de líderes. El sindicalismo industrial parecía un programa derrotado en 1930. Pero sólo diez años después, la mayoría de las industrias básicas más importantes estaban completamente organizadas en sindicatos industriales bajo un nuevo nombre.

Los trabajadores no se movieron cuando la IWW les llamó en 1905. No se movieron cuando muchos de nosotros los llamamos más tarde. Pero se movieron cuando estuvieron preparados y cuando las condiciones estaban maduras para ello, y entonces se movieron a una escala y a una velocidad apenas soñadas por los pioneros del sindicalismo industrial.

La magnitud de la diferencia es notable. Bill Haywood, el gran capitán de la IWW —me encanta mencionar su nombre— solía soñar y hablar en su círculo íntimo del objetivo de un "millón de miembros" en la IWW. De hecho, la organización nunca ha tenido más de 100.000 en ningún momento de su historia, y la mayoría de las veces sólo una fracción de ese número. Las grandes huelgas de la IWW que tuvieron lugar en su apogeo, esas grandes batallas pioneras que anunciaron y abrieron el camino al CIO —Lawrence, Akron, Paterson, McKees Rocks, las huelgas madereras del noroeste— nunca contaron con más de 10.000 o 20.000 trabajadores en un momento dado.

Pero en 1946 casi dos millones de trabajadores del CIO, con sólo unos pocos años de experiencia sindical a sus espaldas, ihicieron huelga a la vez!

Estas cifras comparativas no muestran un crecimiento, ni un simple progreso, sino una verdadera transformación de la clase. Y lo que se ha visto hasta ahora son sólo los movimientos preliminares, la promesa y la garantía de movimientos mucho mayores por venir. A continuación —y no muy lejos— vendrá el despertar político de los trabajadores estadounidenses. Será al mismo ritmo y en la misma escala, si no mayor. Los obreros estadounidenses aprenderán política como aprendieron sindicalismo: "de un diccionario abreviado". Tomarán el camino de la acción política independiente con la velocidad y el poder del huracán.

Ese será un gran día para el futuro de la humanidad, pues los trabajadores estadounidenses no se detendrán a mitad de camino. Los trabajadores, los obreros no se detendrán ante el reformismo, salvo

quizás para quitarse el sombrero ante él. Una vez que empiecen a hacerlo, llegarán hasta el final.

Quien duda de la revolución socialista en Estados Unidos no cree en la supervivencia de la civilización humana, pues no hay otra forma de salvarla. Y no hay otro poder que pueda salvarla que esta todopoderosa clase obrera de los Estados Unidos.

La joven generación que entra hoy en el movimiento revolucionario, con el objetivo del socialismo brillando en su visión de largo alcance, llega en un buen momento. Se ha hecho mucho trabajo pionero. Se han eliminado muchos obstáculos del camino. Han madurado muchas condiciones para el éxito.

La joven generación que viene hoy a nosotros viene a un partido que prevé el futuro y se prepara para él. Vienen a un gran partido con un historial glorioso y una bandera inoxidable, un partido que ya ha sido preparado para ellos y espera su alistamiento. Vienen a un partido fuerte, firmemente construido sobre la roca de granito del marxismo. Este partido les servirá bien y es digno de su lealtad incondicional.

Esta 12ª Convención coincide con el 18º aniversario del partido. La experiencia y la tradición del partido son el capital de la nueva generación. El trabajo de muchas personas durante dos décadas no se ha hecho en vano. Y, además, los nuevos reclutas pueden encontrar en un examen realista de los hechos objetivos muchas garantías de que el curso del desarrollo está trabajando poderosamente a favor de la realización de su ideal.

Nuestro análisis económico ha demostrado que el actual auge del capitalismo norteamericano se dirige directamente a un ritmo acelerado hacia una crisis; y ésta será una profunda crisis social que puede conducir, en su desarrollo ulterior, a una situación objetivamente revolucionaria.

Nuestro análisis del movimiento obrero ha demostrado que los trabajadores ya han demostrado la capacidad de avanzar masiva y rápidamente en el campo del sindicalismo; y tenemos todo el derecho a confiar en que avanzarán aún más masivamente y con mayor rapidez en el campo político en los próximos días.

No faltarán los prerequisites objetivos para la revolución social en América. El propio capitalismo los proporcionará. Tampoco faltará la mano de obra de la revolución. Las masas de muchos millones de trabajadores organizados de América proporcionarán esta mano de obra. Ya está en parte formada y en parte preparada.

El resto es nuestra parte. Nuestra parte es construir este partido que cree en el poder y los recursos ilimitados de los trabajadores estadounidenses; y no cree menos en su propia capacidad para organizarlos y conducirlos a la tormenta y la victoria.